

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO DE LA TARDE.

Proposición condenada por la Santa Sede.
«Romanus Pontifex potest ac debet cum progressu, cum liberalismo et cum recenti civilitate sese reconciliare et componere.»

Proposición condenada por la Santa Sede.
«El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y avenirse con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna.»

PARQUES DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 10 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 30 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificado.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid En la Administración, calle de Silva, número 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad Olamendi, López, Bailly-Baillière, Cuesta y Liscano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

PROTESTACION A PÍO IX.

Una cosa parecida a la que nos hemos propuesto realizar en obsequio a nuestro amantísimo Padre Pío IX el 8 de Setiembre próximo, está haciendo en Italia la *Unidad Católica* de Turin. Con motivo de la rotura de negociaciones entabladas entre la Santa Sede y Víctor Manuel para proveer a las necesidades espirituales de la Iglesia, aquel valiente periódico ideó dar una muestra de amor y de gratitud al Soberano Pontífice por su solicitud pastoral, depositando a los pies de Pío IX una exposición de estos sentimientos suscrita por los italianos y acompañada de las limosnas que pudieran recogerse.

Si bien la *Unidad* lucha para realizar su idea con gravísimos obstáculos, ha tenido el consuelo de verse auxiliada en tan buena obra por el Clero italiano y hasta por algunos reverendos Prelados. El éxito que obtiene es asombroso, y bien pronto verá colmados sus deseos proporcionando al atribulado Pontífice esa verdadera prueba del amor que le profesan sus fieles hijos de Italia.

Nosotros, ¿para qué hemos de ocultarlo? Veríamos resignados, pero con profunda pena que España, que acaba de propinar al Padre Santo la más amarga gota del cáliz que hace años está apurando por amor a sus hijos; España que, a Dios gracias, todavía se valdribe de los horribles gérmenes de corrupción que están parviriendo a Italia, y entre ellos los *solidarios*, *Sacerdotes emancipados*, y otras sectas de la misma índole; España, en fin, exclusivamente católica y protegida visiblemente en medio de sus grandes calamidades por la mano de Dios y su Santísima Madre, fuese al cabo vencida por Italia en veneración, amor y gratitud al Soberano Pontífice.

¡Ah! si nosotros tuviéramos en la mano los corazones de los católicos españoles, no había de ser así. Allí donde se trate de honrar la religión, el primer puesto corresponde todavía a España, por la misericordia de Dios, y debemos estar siempre en guardia para no perder este don verdaderamente divino. El ha sido la causa de nuestras verdaderas glorias nacionales, y de la felicidad doméstica que se respira en la familia española. Prescindase de él por un momento, y España perderá su ser con la independencia y nuestras familias la paz con las excomuniones, con el matrimonio civil y con el divorcio. Si pues todo lo debemos a la Religión de Jesucristo, mostrémosnos religiosos poniéndonos al lado del Soberano Pontífice, y confíemnos en que Dios Nuestro Señor nos agradecerá más aún de lo que podíamos prever las obras de caridad que por honrarle ejerzamos con su auxilio y necesitado Vicario en la tierra.

FIRMAS DE LAS EXPOSICIONES A S. M. CONTRA EL RECONOCIMIENTO DEL LLAMADO REINO DE ITALIA.

Añorbe, día del Triunfo de la Santa Cruz, de 1865.—Señora.—A. L. R. P. de V. M.—Dr. Pedro G. Baigorri.—Francisco Segura.—Baldomero Donamaria.—Teleforo Donamaria.—Eustaquio Gaston.—Eusebio Osinaga.—Anselmo Aldeyda.—Tomás Ardanaz.—Guernsido Izco.—Doroteo Izco.—Simon Eneiz.—Pedro Sanz.—Ramon Torres.—Agustín Sanz.—Flo-

rencio Ibarregui.—Por Juan Torres.—Angel Ardanaz.—Eustasio Sádaba.—Mateo Egues.—Domingo Yoldi.—Casimiro Yoldi.—Ignacio Sala.—Nicolás Uzué.—Estanislao Isturiz.—Remigio Arguñano.—Andrés Larequi.—Agapito Ibarregui.—Pedro Erdozain.—Leocadio Zabalegui.—Celestino Zabalegui.—Roque Sierra.—Petronilo Gaston.—Eulogio Elorza.—Ignacio Sola.—Francisco Urricelqui.—Pedro Divison.—Joaquín Muruzabal.—Gregorio Muruzabal.—Santolito San Martín.—Esteban Urricelqui.—Ramon Divison.—Ascencio Elorza.—Pedro Elorza y sus familias, firmo Pedro G. Baigorri.—Remigio Ibarregui.—Dolores Ibarregui.—Juana Ibarregui.—María Ibarregui.—Francisca Ibarregui.—Por Josefa Larumbe, María Ibarregui.—Eusebio Madoz.—Canuto Madoz.—Victoria Madoz.—María J. Torres.—Francisca Azparren.—Dolores Azparren.—Catalina Ros.—Teodora Yoldi.—Francisca Gaston.—Joaquín Uzué.—Ramon Mayoru.—Pantaleón Larumbe.—Miguel de Marichalar y Torres.—Vicente Aldaz.—Ramon Saralegui.—Bonifacio Zorrilla.—Antonia Gohi.—Josefa Aldaz.—Salvador Isturiz.—Lucas Berrueto.—Petronila Saenz.—José María Muñiz.—Juan Ramon Saralegui.—Blanca Lacalle.—Eladia Vidaurte.—Aniceta Aldaya.—Juana Jaso.—Martina Donamaria.—Santos Lizarraga.—Isidora Beguiristain.—Benita Torres.—Justa Mayora.—Domingo Irigoin.—Salvador Gonzalez.—Millan Lusarreta.—Simon Saldice.—Pedro Leoné.—José Lopez.—Epifanio Izco.—José Huarte.—Juan Pedro Larumbe.

Peñacoba, 22 de Julio de 1865.—Señora.—A los Reales pies de V. M.—Pedro Romero.—Julian Romero.—Desiderio de Juan y Lopez.—Andrés de Andrés.—Dionisio Carazo.—Pedro Carazo.—Isidoro Perez.—Antonio Camara.—Sebastián Peña.—Félix Peña.—Gregorio Peña.—Narciso Castro.—Bonifacio Mozo.—Martín Andrés.—Bernardo Motero.—Gabriel Carazo.—Martín Guesi.—Juan Molero.—Pablo Carazo.—Jacinto Carazo.—Bernardo Carazo.—Roque Mozo.—Sabando Carazo.—Santiago Peña.—Ramon Garcia.—Severo Gálguera.—A ruego de Gorgonio Giete, Pablo Garcia.—Matías Gasquelar.—Manuel Blanco.—Manuel Blanco Anton.—Basilio Blanco.—Silberio Blanco.—Ramon Blanco.—Santiago Molero.—Pedro Blanco.—Inocencio Molero.—Serapio Blanco.—Melchor Nebreda.—Lucas Carazo.—Pío Santamaría.—Narciso Andrés.—Tomás Andrés.—Ramon Andrés.—Celedonio Castro.—Anacleto Castro.—José Alameda.—Paulino Alameda.—Felipe Carazo.—Gregorio Mozo.—Julian Mondelo.—Mateo Blanco.—Quintín Palazuelos.—Hipólito Ortigüela.—Anselmo Alameda.—Domingo Blanco.—Marcelino Sarate.—Benjamín Blanco.—Remigio Blanco.—Fermín de Martín.—Pedro Martín.—Vicente Portugal.—Manuel Alameda.

Siñenza, 25 de Julio de 1865.—Señora.—A los Reales pies de V. M.—Pascual Peña Sanchez, semi-narista.—Baltasar Martínez Polo.—Gerónimo Correas.—Saturnino Asanza.—Tomás Soñano.—Vicente Garcia.—Mauricio Zúñiga.—Jorge Moreno.—A ruego de Juan Cuadrado.—Santiago Martínez.—Bernardino Calvo.—Hilario Moreno.—Francisco Perez.—Francisco Ruiz.—José Diego.—Pablo Barajas.—Francisco Culebras.—Santiago Alonso Madrigal.—Eustaquio Diez y Alba.—Por mí y por mi madre, Basilio Carriba.

NOPUNTAS, 16 de Julio de 1865.—Señora.—A los Reales pies de V. M.—Vicente Alonso de Tamayo.—Baltasar Garcia, Arcipreste.—Remigio Gonzalez.—Dámaso del Campo.—Melquíades Pereda.—Agustín Tobalina.—Félix Rodriguez.—Gregorio Diez y Gonzalez.—Matías Alonso.—Tomás Fernandez de la Torre.—Segundo Carraza.—Gervasio Alonso Linaga.—Manuel Alonso Montejó.—Julian Saiz de Amor.—Agustín Nuñez.—José Nuñez.—Juan Francisco Ortiz.—Simon Gomez.—Francisco Lorente.—Narciso Ruiz

y Fernandez.—Lorenzo Lopez Incinellas.—Domingo Cantero.—Manuel Fernandez de Lomana.—Santiago de Mater.

PUNTO ARENAS, 24 de Julio de 1865.—Señora.—A los Reales pies de V. M.—Fermín Rodriguez.—Miguel de Rumila.—Pedro Garcia.—Natalio Alonso.—Ramon Gallo.—Manuel Ruiz de Huidobro.—Eusebio de la Peña.—Anselmo Ruiz.—Lucas de la Peña.—Manuel de la Torre.—Blas de Torres.—Manuel Infante.—Pedro Rodriguez de Castilla.—Francisco Fernandez.—Leon Valle.—Victoriano Alonso.—Andrés Ruiz de Huidobro.—Leon Rodriguez.—Manuel Rodriguez.—Lorenzo de la Hoz.—Tomás de Arriaga.—Manuel Saiz Baldivieso.—Felipe Barona.—Cirilo Alonso de la Peña.—Pedro Sánchez Fernandez.—Juana de Marquina.—Manuel Gutierrez y Gallo.—Mariano Ruiz Huidobro.—Pedro Gonzalez.

TARAZONA, 28 Julio de 1865.—Señora.—A los Reales pies de V. M.—Severo Ochoa.—Miguel Gimenez de Novallas.—Manuel Tudela.—Mariano Perez.—Manuel Calvo.—Antonio Sella.—Eusebio Labastida.—Antonio Lasheras.—Faustino Lopez de Porras.—Antonio Lopez de Porras.—Gregorio Cisneros.—Pilar Sanz y Oruzabal.—Leon Romano.—Lucio Hernandez.—Joaquín Castillo.—Mariano Calahorra.—José Vicente Cárcar y su esposa.—Paula Arriazu.—José Serrano y Lopetidi.—Beneditado.—Bruno Sanz y Marques.—Pedro Nolasco Sanz y Serrano.—Mariano Milagro, mi mujer, Francisca Medrano, y tres hijos.—Mariano Perez, su mujer y dos de su familia.—Agustín Calahorra, su mujer y cuatro hijos.—Manuel Montegudo.—Dionisia Navarro.—Bartolomé Calvo y mi esposa.—Matías Gil, con mis hijos, Presentacion, Benigno y Prudencio.—Manuel Calvo y Laborda, con su sobrina, Pascuala Calvo.—Valentin Calvo é Hilario Barcelo, por mano agena.—Pedro Martínez, por mi hija y mi mujer.—Victor Martínez.—Hipólito Martínez y María Navarro.—Por mí, mi criado y mi sobrina, Modesto Blanco.—Cayetano Navarro.—Isabel Blanco.—Marcial Gil.—José Mañero.—Mariano Mañero.—Antonino Mañero, por mano agena.—Mariano Torres.—Rosa Redrado.—Juana Mañero.—Simona Mañero.—Manuel Alaricio.—Pablo Sanchez.—Gregoria Sanchez.—María Cruz Calvo.

TARAZONA, 28 de Julio de 1865.—Señora.—A los Reales pies de V. M.—José Vicente Cárcar, pintor.—Agustín Tello.—Gregorio Gomez, maestro de tecedor.—Alejandro Gomez, siller.—Patricio Gimenez.—Romualdo Ruiz.—Mariano Garcia.—Paula Arriazu.—Juana Garcia.—Marcelina Garcia.—Pascual Garcia, fabricante de paños.—Romualdo Labastida.—Mariano Redal.—Por mano agena, Pablo Redal.—Teresa Arilla, por mano agena.—María Montes.—Miguel Ibañez.—Mariano Sanz.—Petra Cárcar.—Clara Sanz.—Cármen Sanz.—Marcelino Sanz, Presbítero.—Mariano Sanz, menor, pelaire.—Martín Berberana.—Matías Alonso.—Lucio Hernandez.—Tomasa Urnicia.—Francisca Delgado, por mano agena.—Antonio Losantos, por mano agena.—Por mano agena, Isabel y Antonia Cisneros.—Bárbara Cortés, por mano agena.—Pedro Gil y su esposa Dámasa Rivas, por mano agena.—Tomás Gil.—Concepción Martínez, por mano agena.—Pío Medrano.—Casimira Campos.—Valentin Campos.—Miguel Garcia, por mano agena.—Antonio Génova.—Juana Navarro.—Gregorio Navarro.—María Sanz.—Juana Torrellas.—María Torres.—Pedro Gimenez.—Juana Ruiz y todos sus hijos, Clemente, Lorenza, Narcisca y Crescencia Gimenez.—Hilario Garces.—Dorotea Perez.—Esteban Garces.—Jorge Gimeno, por sí y su mujer.—María Teresa Gimenez.—Casimira Sanz, con sus hijos Luis, Magdalena y Eulalia.—Vicente Bonafonte.—Santiago Madurga y mi esposa Raimunda Gimenez, así como por mis padres Ramon Gimenez y María Gornao.—Angela Garcia.—Norberta Talayo.—Lucía Garcia.—Damia-

na Garcia.—Gregorio Ruiz.—Desiderio Ruiz.—Martina Ruiz y Casimira Laborda, por mano agena.—Dionisio Saiz.—Juan Saiz.—Carmelo Saiz.—Juan Torrellas, por mis padres Gregorio Torrellas, María Arjiga, y mis hermanos Faustino, Blas, Eusebio y Nicolsa Torrellas.—Faustino Lopez de Porras.—Isabel Perales, por mano agena.—Manuel Garcés.—Anselma Campos.—Márcos Gonzalez.—María Lorente.—Juana Torrellas.—Romualdo Carrasco.—Concepcion Ruiz.—Jorja Redrado.—María Saiz.—Urbano Corella.—Vicenta Vairi.—Martín Martínez.—Antonia Banselo, por mano agena.—Gregoria Lajusticia, viuda.—Gregorio Leonardo Yécora, con su mujer y sus hijos.—José Ibañez.—Tomasa Veraton.—Lucio Perez.—Feliciana Cuartero.—Bartola Ibañez.—Remigio Sanchez.—María Garcia.—Cecilia Bosque.—Rosa Diaz.—Santiago Gorrindo.—Prudencio Gómara.—María Angel Vallejo y sus hijos, todos por mano agena.—Mariano Pascual.—Justa Lozano.—Leopoldo Pascual.—Atilano Pascual.—Juana Gil.—Lorenza Ramos.—Cefirino Pascual.—Margarita Ramos.—Cándido Pascual.—Martina Ramos.—Felipe Berges.—Francisca Cornago.—Andrés Franco.—Dominica Redal.—Manuel San Juan.—Pascuala Martínez.—Escolástica San Juan.—Antonio San Juan.—Manuela San Juan.—Francisca Gorrindo.—Alberta Redrado.—Floresia Calvo, por mano agena.—Serafin Cuartero y su mujer María Chueca.—Juan Hernandez.—Blas Martínez.—Narciso Gimeno.—Mariano Gimeno.—Juana Martínez.—Paula Martínez y sus cinco hijos.—Mariano Zoeco.—Roberta Gutierrez.—Paula Zoeco.—Marcelino Zoeco.—Roman Zoeco.—Mariano Garcia y Rumeo.

VILLA DE LUÑA, 25 de Julio de 1865.—Señora.—A los Reales pies de V. M.—Pedro Magallan, Párroco.—Francisco Mateo, Presbítero coadjutor.—Domingo Albericio, Presbítero coadjutor.—Santiago Perez Tenias, Dilecto, bachiller en letras.—Francisco Lasiera.—Miguel de Grasa, del comercio.—Sebastian Torralba, profesor de veterinaria, y por mi esposa Jorja Cortés.—José Perez, del comercio, y por mi esposa Josefa Tenias.—Juan Antonio Magallon, vecino de Gallur.—Domingo Aguilar.—Domingo Mayoral, profesor de cirugía.—José María Vera, propietario, y Victoriano Callizo, estudiante.—José Juste, profesor de medicina.—Concepcion Garces.—Pilar Juste.—Cármen Juste.—Jacinto Bieco, propietario.—Eustaquio Ruiz, labrador.—Antonio Garcia, propietario.—Modesto Olmos, profesora de instruccion primaria, y por mi niña Josefa Garisa y Manuel Garisa y Olmos.—Miguel Garisa.—Teresa Salcedo.—Ramon Lamban.—Jacinto Navarro.—Manuel Aysa, y por mi esposa María Gil.—Joaquín Binue, carpintero.—Joaquín Cholz, propietario.—Leon Iturralde, id.—Concepcion Cortes, y por mi niña Catalina Iturralde.—Floresia Aguilar.—Juan José Bieco.—María Cortés.—Cárlos Callizo, del comercio.—Esteban Cholz.—Joaquín Tolosana.—Marcelino Sanchez, labrador.—Pedro Fernandez, id.—Juan Alastuey.—José Sero, labrador.—José Cortés, propietario.—Márcos Sero, labrador.—Gregoria Torralba, y por mis niñas Juana y Gregoria Sanchez.—José Ruiz, y por toda mi familia.—José Gimenez, propietario.—Jorge Aguilar, y por mi esposa Rita Bueno.—Manuel Garisa.—Jorge Garisa.—Antonio Garcia.—Juan Yera, tejedor.—Gerónima Tolosana.—Cesárea Tolosana.—Catalina Grasa.—Beltran Casamayor, profesor de instruccion primaria superior.—Juan Antonio Casamayor.—Gregorio Casamayor.—Por los individuos todos de mi familia, Beltran Casamayor.—Felipe Ruiz, del comercio.—Gregoria Perez.—Manuel Navarro, profesor de primera enseñanza.—Por todos los niños de la escuela, Mariano Ruiz.—María Francisca de Navas.—Por las niñas de la escuela, Julia Casaus.—Joaquín Binué, carpintero, y por toda mi familia.—Antonio Gimenez.—Por Manuela Azo, Francisco Gimenez y Cármen Azo, que no

saben firmar, Santiago Perez.—Clemente Colon, labrador, y por toda la familia.—Manuel Cortés, Cura párroco de Valpalmas.—Manuel Navarro, y por mi madre Antonia Grima, y mi hermana Manuela.—Esteban Longaron, y por mis padres y hermanos.—Josefa Cholz, y por mi madre Mariana Navarro.—Jorge Garcia.—Gregorio Barranquero.—Lorenzo Liera.—Tomás Auria, propietario, y por mi esposa Tomasa Bieco.—Antonia Auria, y por mi hermana Josefa Auria y Bieco.—José Gimenez, y por mi madre Rosa Navarro, y mi hermana Francisca Gimenez.—Juan Antonio Bandrés.—Antonia Lapala.—Pedro Berduque.—Manuela Moliner y Perez, y por toda la familia.—Pedro Coyduras, del comercio, y por mi hija Hermenegilda.—Severina Coyduras.—Isabel Coyduras.—María Coyduras.—Micaela Castillo y Tenias, y por mis padres.—Rafael Garcia, y por Antonio Palacios, que no sabe.—Juan José Palacio y Ara, y por mis padres y hermanos.—Jacinto Vera.—Lorenza Tenias.—Manuel Berduque, y por mis padres Pedro Berduque y Genara Navarro.

Vecinos de Juncos.—Francisco Auria, propietario.—Francisco Auria y Mayner.—Antonio Auria.—Elena Lasiera.—Francisco Auria y Lasiera.—Pilar Auria.—Filomena Auria.—Pablo Auria.—Por los que no saben firmar, á mis ruegos, Pablo Liera, propietario, Felipe Alegre, Ursula Liera, Valero Laguarda, propietario, María Teresa Viejo, Miguel Perez y su esposa, Bartolomé Perez, Pascual Laguarda, Ignacio Perez, Francisco Perez, propietario, Micaela Liera, María Juana Liera, Marco Perez, Francisco Perez y Liera, y Antonio Liera, Francisco Auria.

Vecinos de la Villa de Luña.—Lorenzo Soro.—Con autorización de los que siguen y por no saber firmar, lo hace en su nombre Santiago Perez.—Manuel Alastuey, Sexto Alastuey, Pedro Villacampa, Joaquín Apuyuelo, Pedro Salcedo y Tenias, Mariano Tenias, Vicenta Alastuey, Joaquín Tenias, Quintina Villacampa, Alejandra Tenias, Antonio Castillo, Hilario Castillo, Apolonia Tenias, Mariana Tenias, Santiago Tenias, labrador, Micaela Cortés, José Tenias, Faustina Castillo, Pascual Moliner, Manuela Arbués, Manuela Bayanova, Teresa Longás, Josefa Bieco, Marcelino Nocito, Angela Perez, Pedro Nocito, Nicolasa Perez, Petra Nocito, Bruna Nocito.—Botarel, 25 de Julio de 1865.—Señora.—A los R. P. de V. M.—Baltasar Sentis, Presbítero.—Tomás Palleres, Presbítero.—Jaime Rovira, alcalde.—Pedro Borrás, juez de paz.—Pedro Borrás, regidor.—Juan Pedres, regidor síndico.—José Fst.—Baltasar Rovira, secretario.—Joaquín Ferrando.—Francisco Aymérich, teniente alcalde.—José Aragones.—José Dalmat.—Juan Faraté.—José Borrás.—Jaime Anguera.—Lorenzo Rius, profesor.—Francisco Borrás.—Mariano Mariné.—Odon Moles.—Pedro Moles y Alrich.—Siguen á continuación todos los demás, suscritos por Jaime Roca.

MALON, 24 de Julio de 1865.—Señora.—A los Reales pies de V. M.—Bonifacio Toledo, Cura párroco.—OREIZA, 29 de Julio de 1865.—Señora.—A los Reales pies de V. M.—Mauricio Hogarte.—Javier Jaurieta.—Matilde Hogarte.—Cayetano Hogarte.—ABANCON, á 31 de Julio de 1865.—Señora.—A los Reales pies de V. M.—Antonio Gonzalez Amor.—CALAMOCHA, 26 de Julio de 1865.—Señora.—A los Reales pies de V. M.—Cárlos Rivera.—Joaquín Polo, Presbítero.—Antonio Rivera.—HUAR, 22 de Julio de 1865.—A. L. R. P. de vuestra majestad.—Carmelo Castillo, Cura párroco.—Mosen José Lorilla, Beneficiado.—Mosen Pedro Gau, Beneficiado.—Mosen Nicolás Marin, Beneficiado.—Mosen Pablo Estéban, Beneficiado Presbítero.—Mosen Martín Fornies, auxiliar.

— 20 —

Y al mismo tiempo una mano pesada cae amistosamente sobre la espalda del endiosado mozo. Es la de Andrés, su compañero de infortunio, que se dirige también hacia la aldea.

Catalina, sobrecojida de vergüenza, vuelve la cabeza para ocultar su confusión, y Juan procura responder, en tono de broma á las chanzonetas de su amigo. Este, una vez satisfecho aquel primer impulso de humor chancero, adelanta el paso discretamente para dejar que los dos aldeanos acabasen su tierna despedida.

Catalina aprovechó aquel momento, y dijo á Juan con rapidez:

—Juan, yo cuidaré á tu madre y á tu abuelo. Cuando sea preciso iré á arar vuestras tierras y cuidaré de que no falte nada al buco. Tengo salud y robustez, gracias á Dios, y espero que á tu vuelta lo encontrarás todo conforme lo has dejado.

—¿Y á tí? preguntó Juan lanzando á su amada una mirada profunda.

—Esperándote siempre.... No iré al baile á la aldea los domingos mientras estas ausente; porque sin tí no podré hallar gusto en nada. Pero.... es preciso que tú no hagas lo que decia hace un año el tío Juancho el carretero.... Nada de taberna.... ni gaseas chicas.... ¡Si yo supiera que habías eso!

—No tengas cuidado.... repuso el muchacho con vivacidad; tu memoria será mi único entretenimiento.

Aquí cesó la amorosa plática, porque Andrés, que

— 21 —

había acertado el paso creyendo la despedida terminada, llegó de nuevo á reunirse con ellos, y poniéndose al lado de Juan comenzó á charlar de cosas que éste ni oía ni entendía. Catalina los seguía á alguna distancia, sumida en un melancólico arrobo.

Llegaron por fin á la aldea. Delante de la iglesia otros tres mozos esperaban con su palo en la mano y el saco al hombro la llegada de Andrés y de Juan. Todos abrazaron á sus amigos y parientes. Catalina sola no abraza á nadie, pero en la mirada furtiva que cambia con su compañero de infancia al darle el pan y el queso se encerraba todo un poema de amor.

Partieron los quintos y Catalina se alejó también de la aldea sin llorar; pero cuando llegó á las solitarias cabecitas llevaba el delantal delante de los ojos.

En una apacible tarde de otoño dejaba Catalina la aldea para volver á su taba. Su marcha era ligera como la de una mariposa; embellecida su rostro una sonrisa de satisfacción, y de su boca se escapaban palabras incomprensibles, expresión del alegre diálogo que había entablado consigo misma.

Llevaba en una mano dos pliegos de papel, y en

prosiguiendo su camino....—Si aciertas á escribir, da memorias á Juan.

Hasta el domingo, después de Misa mayor... te diré cómo ha ido la cosa.

Al alejarse Juan, entonc con voz fresca esta canción:

El amor del militar,
Es como el plato de arena,
En pontándolo en la calle
Viene el viento y se lo lleva.

Catalina se detuvo inmóvil y pensativa, hasta que la alegre voz de su compañera se perdió entre los árboles. Luego se lanzó á todo correr como para desear toda idea importuna.

Aguardaban su vuelta con impaciencia las dos viudas, sentadas cerca del hogar de una de las dos cabañas. El abuelo, á quien un ataque de asma tenia clavado en el lecho, esperaba también, deseando por lo menos ser testigo y ayudar con su experiencia la grande obra que se trataba de llevar á cabo.

Así que la muchacha apareció en el umbral de la puerta, las dos mujeres retiraron apresuradamente todos los objetos que habia esparcidos sobre la mesa, limpiando esta enseguida con las puntas de sus delantales.

—Ven aquí, Catuja,—dijo la madre de Juan:—séntate en la silla del abuelo, que es la más alta.

Obedeció la doncella sin decir palabra, extendió

llevar una mala vida, ¿estamos? No dejes tampoco de darnos, siempre que puedas, noticias de tu salud. No olvides que todos los días que haya carta tuya serán para nosotros días de fiesta. Yo rezaré todas las mañanas á tu Angel de la guarda para que no te abandone.

Conmovido el pobre muchacho por la voz dulce y penetrante de su madre, no osa levantar los ojos del suelo; de tal modo le imponen en esta hora solemne las graves palabras de aquella excelente mujer. Su única respuesta consiste en apretar la mano de cuando en cuando, y en suspirar profundamente.

Ya se aproximan al lugar de la separación; pero ántes de llegar, el abuelo, colocándose al lado de Juan, le dice con acento reposado:

—Muchacho, cumple tus deberes sin repugnancia y con amor. Sé obediente con tus superiores, sufre sin quejarte hasta la injusticia, si es preciso. Con tus camaradas sé complaciente y servicial. Si llenas con valor todas tus obligaciones, Dios te ayudará, y será estimado de tus jefes y de tus compañeros.

La madre, Catalina y Pablo, estaban ya prosternados delante de la Virgen del Tilo. No tuvo tiempo Juan de responder una palabra á los consejos del abuelo, pues una señal de su madre le invitó á tomar parte en la fervorosa plegaria.

Murmura el aura suavemente al agitar las hojas de los castaños: el sol primaveral dora con sus rale-

PARTE EXTRANJERA.

En este siglo de luces, de civilización y de progreso, de filantropía y de humanitarismo, en que tanto se ensalza el triunfo de la razón sobre la fuerza, de la pluma sobre la espada, nada hay, sin embargo, que tanto llame la atención como los espectáculos de grandes ejércitos, de poderosas escuadras; nada excita más vivo interés que el descubrimiento de un arma, un buque, una máquina guerrera capaz de causar mayor suma de estragos, y despachar al otro mundo el mayor número de individuos posible. Así, hoy está fija la atención de Europa en las escuadras francesa e inglesa que de Brestirán á Cherburgo para hallarse allí el 15 del corriente, en que está de días Napoleón Bonaparte. En el puerto francés se encuentran reunidos los más acabados buques de guerra de las marinas del Imperio y de la Gran Bretaña. De otra reunión han hablado algunos días há los diarios extranjeros, que á ser cierta, no dejaría de tener grande significación. Hablamos de la reunión de la flota rusa acorazada de Cronstadt con una escuadra americana. Si este hecho se verifica, además de una prueba de la íntima amistad de estos dos poderosos Estados, será una respuesta indirecta á la manifestación franco-inglesa de Cherburgo? Menester es confesar que sobran las presunciones para creer que existe un acuerdo entre el vasto Imperio ruso y la colosal República americana, por más que sus detalles nos sean desconocidos. Reciente es todavía la entusiasta acogida que la escuadra rusa halló en Nueva-York, y las atenciones dispensadas al cónsul general de los Estados-Unidos. La actitud del Gabinete de San-Petersburgo durante la guerra civil entre federales y confederados, fué benévola por demás hacia aquellos. Natural es por otra parte que ante los recelos y temores que su colosal poder y su política inspiran á las Potencias marítimas de Europa, se esfuerce el Gabinete de Washington en buscar aliados, y ninguno entre todos puede ofrecerle más simpatías ni más ventajas. Ambos Estados, en efecto, aunque de centros separados por distancias enormes, vienen casi á tocarse. Ninguna rivalidad puede suscitarse entre ellos; la colosal República no pretende nada fuera de América, y el vasto Imperio tiene en las comarcas del Rhin ancho campo para fáciles colonizaciones. ¿No debería la vieja Europa fijar un poco su atención en los peligros que la alianza de esos dos colosos pueden acarrearla en un plazo más ó menos lejano? El inmenso poder de esos dos Estados es bien evidente. La última guerra que ha ensangrentado el territorio de la República anglo-americana, ha puesto de manifiesto la inmensidad de sus recursos.

Rusia, á su vez, tan fuerte por sí, aumenta cada día su fuerza con sus conquistas en el Asia, que ponen bajo su autoridad absoluta una multitud de pueblos guerreros, como acaba de suceder con los Kluckaniens, á quienes ha tomado la importante ciudad de Tachkent. Agréguese á esto el desprecio de toda traba de conciencia, el olvido de todo principio de justicia y de toda ley moral, de que el Imperio ruso y la República yankee han dado tantas y tan dolorosas pruebas, y dígame qué detendría á esos feroces pueblos el día en que sus odios ó sus ambiciones los impulsaran á usar unidos de su terrible poder.

Un telegrama de ayer, dice que el Papa ha resuelto aumentar su ejército, y aun añade que ha contratado ya un millar de individuos en países extranjeros. Creemos de todo punto inverosímil semejante noticia. El Papa está decidido, según informes que tenemos por fidedignos, á conservar su pequeño ejército en el pie en que está hace tres años. Al presente está compuesto de 2,000 gendarmes, de un regimien-

to de línea, que pasa de 1,200 plazas, de un batallón de cazadores indígenas de otras 1000, otro de carabineros compuesto de extranjeros, otro de zuavos, dos escuadrones de dragones y cuatro baterías de seis piezas cada una. Esta fuerza, si pequeña en número, es excelente por su disciplina, por su valor y por el buen espíritu de que está animada; sus jefes honrarían el ejército de cualquier Potencia militar. Si el Convenio de 15 de Setiembre se cumple y las tropas francesas abandonan la Ciudad Eterna, lo que dudamos, no por eso hará el Papa aumento alguno en su reducido ejército, con el cual le sobra para mantener el orden interior. Para rechazar otra invasión y sacrilega agresión como la de Castelfidardo, no bastaría el acrecentamiento que podría dársele, atendidos los pequeños recursos del Estado Pontificio, menos ahora que á tan exiguas proporciones ha sido reducido merced al vandalismo del impio reino.

Los infortunados Estados del Sur siguen siendo víctima de las terribles venganzas, y del pillaje de los íntegros republicanos del Norte. El saqueo ha sido organizado por medio de un departamento de confiscación, que prosigue con incansable afán su obra en la ciudad de Richmond. Por orden suya ha publicado la República el nombre de 120 personas que sufren la expropiación de sus bienes por haber sido separatistas. La ley bárbara porque se priva á ciudadanos pacíficos indefensos, que ya no han de combatir contra la Unión, de lo que legítimamente les pertenece y han adquirido á costa tal vez de trabajo y sacrificios, ha producido terribles consecuencias en el Sur. Las obras, la industria el comercio, todo está paralizado. ¿Y cómo no ha de estarlo? No en vano se destruyen las bases del derecho de propiedad: sin él no puede desarrollarse la riqueza privada ni prosperar la de las naciones.

La ciudad de Richmond ha resuelto mandar á Washington una diputación con el fin de que supliquen al presidente, en nombre de la buena armonía que debe reinar entre el Gobierno y los Estados, que suspenda las operaciones del departamento, al menos hasta que los propietarios sujetos á la confiscación puedan dirigirle sus demandas de gracia, y sobre ellas recaiga resolución. Se dice que muchas personas influyentes y allegadas al Gobierno apoyarán esta petición con todas sus fuerzas en bien del país y de las poblaciones del Sur.

Dudamos mucho que aquellos mercachifles sin entrañas, den oídos á ningún sentimiento de piedad.

Al par que así se veja á los separatistas, véase cómo es tratado su presidente, Jefferson Davis, según cuenta una correspondencia que desde el fuerte Monroe envían al Times con fecha 17 de Julio:

«Según informes fidedignos, puedo asegurárselo que la salud de Jefferson Davis declina leuta, pero positivamente, á consecuencia de su prolongada prisión. No puede aprovecharse de las ocasiones para hacer ejercicio que le han concedido, ni andar en el espacio de veinte pies cuadrados que se le han reservado; pasa todas las horas del día asomado á la ventana de su casamata, sombrío, silencioso y lúgubre, y nadie puede decir dónde fija la mirada ni qué pensamientos cruzan por su mente. No le dejan solo un solo instante, y no trascurre un minuto sin que tenga clavados en él los ojos vigilantes de soldados armados de pies á cabeza. ¿Cómo es de extrañar, pues, que de día en día esté más flaco, que sus mejillas se hundan profundamente, que se ahuequen sus ojos y que encanezcan sus cabellos? No tiene ya salud ni esperanza, y el fin no está lejos. No trazo un cuadro de capricho; hoy mismo me han dicho que, si continúa el régimen actual, Jefferson Davis no durará más de seis semanas. La misteriosa enfermedad que aqueja á Jefferson Davis, acaso dé margen á que de los pueblos civilizados del mundo parta una terrible acusación en que se achaque al Gobierno de Washington mucho de falta de caridad y algo de felonía.

«La única distracción que conceden á sus tristes pensamientos consiste en las visitas del capellán y del

general Miles, así como la del doctor Craven que le cuida. Le han prohibido la lectura, pero aun cuando le permitieran proporcionarse libros no podría leerlos, porque tiene un ojo casi perdido, y el otro parece igualmente próximo á la destrucción. Hace ya algún tiempo que se quejaba de ver los objetos dobles, y lleva durante el día anteojos dispuestos como preservativo del extrabismo. La vida de cárcel es necesariamente monótona: se levanta á las cinco de la mañana; todos los días toma un baño, y un soldado le sirve y le trae la comida.

«En sus conversaciones deja adivinar la vivísima ansiedad que le causa la suerte que le aguarda; discute de antemano con mucha firmeza la imposibilidad absoluta de convencerle de traición, y se afirma en la cuestión de los derechos de los Estados. Este será el punto principal de su defensa. Más de una vez, al ver que le dejan hablar sólo, se ha encerrado en un completo silencio.

«Le molesta sobremanera la presencia del soldado que le vigila día y noche, y después de pedir en vano que le dejen al menos sólo en su calabozo, se ha limitado á suplicar que se diese orden al centinela de estar parado en vez de andar sin cesar, lo cual le excita los nervios; pero también se le ha negado este alivio.

«En qué código de moral cristiana habrán aprendido los republicanos de América á tratar así á los prisioneros de guerra, que unen á esta cualidad la de ser hombres de Estado?

Semejantes hechos horrorizan, y parece mentira se perpetren en el presente siglo en naciones que se nos presentan como tipo digno de imitación.

El martirio que se está haciendo sufrir á Jefferson Davis, es un padron de ignominia para los Estados-Unidos, que no olvidará la historia para pintarlo con los más negros colores.

En los pueblos en que la ley es una verdad y en que la ritualidad de los juicios establece sólidas garantías, no se cometen esos asesinatos lentos, con desprecio de todo derecho y de todo deber de humanidad.

Véase, pues, la fe que merecen los que nos ponderan las virtudes republicanas y nos citan todos los días como modelo de cultura y de costumbres públicas los Estados-Unidos: díganlo la repugnante barbarie con que es tratado el ex-presidente del Sur Jefferson Davis.

TELEGRAMAS.

PARIS, 11. El Emperador llegó ayer al campo de Chalons.

(Monitor.)

Del último balance pasado al Banco de Francia, resulta que el numerario ha disminuido 7,000,000 de francos; los valores en cartera 9,000,000 2/3, y los depósitos particulares 19,000,000.

LONDRES, 10.

En el Banco de Inglaterra la reserva de billetes, ha aumentado 365,000 libras esterlinas; los valores en cartera han disminuido 327,000, y el numerario 234,000.

FLORENCIA, 10. El ministro Vacca ha dimitido su cargo. Se asegura que le sucederá el Sr. Cortes, secretario general de Hacienda.

ANCONA, 10. En este día han ocurrido 92 casos de cólera y 62 defunciones; por consiguiente el número de atacados y muertos á causa de la citada epidemia, queda reducido á la mitad de los que hubo ayer.

LISBOA, 11. Estando casi terminada la aprobación de actas, resulta que el ministerio no puede contar más que con una ínfima mayoría, á lo menos de dos ó tres votos.

Se crea seguramente que va á formarse un nuevo ministerio en que figurarán los Sres. Fontes, Casal, Riveiro y Martini Ferraz.

PARIS, 11. En la Bolsa de hoy quedaban: el 3 por 100 interior español á 00 0/0; el exterior, á 44; la diferida, á 38 0/0; la amortizable, á 00 0/0; el 3 por 100 francés, á 67-87 1/2, y el 4 1/2, á 97-50.

LONDRES, 11. Los consolidados ingleses quedaban de 89 3/4, á 12.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 12 DE AGOSTO DE 1865.

La prensa de todos colores ha juzgado con más ó menos acierto la actitud de los periódicos católicos en la cuestión de elecciones. Exagerando unos, disminuyendo otros la importancia del hecho de haber recomendado que se exigiera por los que tienen derecho, la inclusión de sus nombres en las listas electorales, han dado varias noticias de que no queremos hacer cargo, y que no pretendamos rectificar.

Lo único que hay hasta ahora, es que instintivamente ha nacido en muchos la idea de oponerse al enemigo eterno de nuestras doctrinas y de nuestras creencias, en un campo donde se le había dejado disfrutar de una victoria no disputada. En lo que se llama representación nacional, y lo es por una ficción jurídica, ha sido mil veces derrotado el liberalismo por la razón y la filosofía, humillado por la elocuencia, confundido por el sentimiento católico de patrióticos oradores, pero en el número, que es la razón suprema de las asambleas, ha llevado siempre una inmensa ventaja.

De muchos puntos de España se han recibido cartas de personas respetabilísimas, en las que se aconseja que se trabaje en este terreno, y se manifiesta que en general hay deseos y esperanzas, y sobre todo como el sentimiento de un deber de conciencia de no contribuir de una manera activa ni de una manera pasiva al sostenimiento de los que hace años vienen arrastrando, con suavidad ó con violencia, cada uno un girón de la magnífica bandera de nuestra unidad religiosa y de nuestro Catolicismo.

Hace muchos años que los católicos españoles lamentaban los acontecimientos contrarios á sus sentimientos religiosos, y dirigían al cielo súplicas rogando que brillaran días más felices para la católica España. Casi nunca han tomado parte en los acontecimientos políticos, y no han hecho uso de los medios que la ley les concede para atacar al liberalismo, causa de todos los males de la patria.

Pero en medio de su silencio, de su sumisión, etiam discitis, les ha herido en lo más hondo de su corazón el reconocimiento de un hecho que no debemos calificar, porque está de sobra calificado por todos los católicos, desde su Jefe supremo hasta los habitantes de las aldeas. Ha lastimado sus sentimientos la conducta del ministerio O'Donnell, que con el reconocimiento de Italia ha dado el primer paso para congraciarse con la revolución, ha tomado la primera de una serie de medidas, que, llevándonos á una política igual á la del bienio, nos traerá cuantos escándalos entonces se presenciaron, para conducirnos finalmente á un abismo.

Este ataque á los sentimientos de la nación nos despertó de un sueño de muerte. La Iglesia se ha vestido de luto, los Prelados han dado la señal de alarma, pero de una alarma santa y legal, conforme á la Constitución del Estado. Las armas que se han blandido al oír la voz de los Prelados, han sido las oraciones á Dios, y las súplicas á los hombres. La justicia divina ha creído merecedores de nuevas pruebas; los hombres no han oído nuestras súplicas.

Mas al despertar del prolongado letargo, con admiración hemos oído cien mil voces, por primera vez reunidas, que decían una misma palabra, que expresaban un solo sentimiento. Hemos recordado que España es católica y que una tiranía durísima, tiranía que para mayor escarnio se engalana con nombre de libertad, que la tiranía liberal nos tiene dominados y sujetos á una vergonzosa esclavitud. La más magnífica de las protestas ha cubierto de oprobio á la que ha marcado con un sello de impopularidad, que no se borrará jamás, el acto del reconocimiento. En veinte días pudimos publicar el

nombre de cincuenta mil españoles que se oponían á la conducta del Gobierno; nos quedaban por publicar otras tantas firmas. En otros periódicos se había publicado también un número extraordinario, y lo que se hizo en menos de un mes habría crecido con extraordinaria desproporción al mes siguiente, si lo inútil de los esfuerzos por una parte, y los consejos de que no se continuara por otra, no hubiera puesto término á aquella espontánea y pacífica manifestación.

Tal vez á algunos haya impresionado el magnífico espectáculo de cincuenta ancianos Sacerdotes que piden humildemente al jefe del Estado por la causa de la justicia, y repiten sus palabras más de cien mil ciudadanos. Acaso algunos hayan abierto los ojos y hayan por este motivo juzgado de lo que podríamos hacer, si trabajáramos con todas nuestras fuerzas.

Nosotros decimos que se equivocan miserablemente los que así juzgan. Lo que ha sucedido con las exposiciones, no puede servir de norma para juzgar el número de los que pueden combatir. Cien mil, es un número reducido, mezcuno, insignificante, en comparación de los millones que pueden luchar por la causa que adoran en su corazón. No falta sino que se convenzan todos de que la cooperación de cada uno es necesaria. No falta sino que haga un pequeño esfuerzo para derribar el liberalismo, cada uno de los que han visto los ataques dirigidos á la Iglesia; la desaparición de las órdenes monásticas, la liberalización de la enseñanza, el reconocimiento de Italia; cada uno de los que temen fundadamente por lo que ha de suceder todavía; cada uno de los que quieren paz, libertad verdadera, la desaparición de las ambiciones que nos tienen sumidos hace treinta años en estériles luchas, y la vuelta á los tiempos en que era pronunciado con respeto el nombre de España.

Esto sólo falta; pero faltando esto sólo, convenimos en que falta mucho. Si conviene luchar en las elecciones, nos encontramos con la dificultad de tener que explorar un camino que para nuestros enemigos es muy trillado. Por ahora no hay una organización que dé fuerza. Faltan centros que relacionen á los amigos, instruyan á los no acostumbrados, aconsejen y dirijan. Si se juzga conveniente acudir á las urnas, todas estas dificultades serán vencidas.

Por este motivo aconsejamos hoy nuevamente que no se desdichan los que puedan hacer algo por la causa de la Religión y de la patria. Que no dejen de exigir la inclusión de sus nombres en las listas electorales, para estar apercibidos á la lucha.

Acaso saldríamos vencidos la primera vez, porque el medio á que acudimos es difícil, peligroso, poco seguro, teniendo que tratar con liberales. Pero mucho puede la fe, la conciencia y el número. ¿Qué consolador sería para nosotros, si la voz elocuente de sabios oradores fuera acompañada en el Congreso por un número grande de defensores de las mismas doctrinas!

LUIS ECHEVERRÍA.

Dice La Correspondencia:

«A pesar de los grandes esfuerzos hechos en Logroño para recoger firmas al pie de una exposición contra el reconocimiento del reino de Italia, no han podido reunirse más que cinco.»

Aunque tenemos motivos para asegurar que la noticia es falsa, damos traslado de ella á los logroñeses amantes de la Santa Sede, para que se apresuren á desmentirla poniendo sus nombres al pie de la Protestación que publicaremos el 8 Setiembre. Nosotros en su caso sí lo haríamos en honra siquiera de aquella población.

En prueba de la verdad con que hemos dicho muchas veces que, lo mismo que nosotros, los demás periódicos de nuestras ideas no opo-

gros rayos la carpa: cantan las aves amorosa canción matutina; pero en torno al sagrado tilo reina un silencio solemne y triste, y sólo se oye el ligero murmullo de la devota oración que eleva al cielo la atribulada familia.

Esto por fin ha concluido: todos se levantan; pero de todos los ojos se escapa un torrente de lágrimas. Abraza la madre á su hijo exhalando desgarradores gemidos, y aunque los demás miembros de la familia se hallaban ya con los brazos abiertos para darle el apretón de despedida, la infeliz no tiene valor para desprenderse del fruto de sus entrañas.

Las fuerzas la abandonan, y cae abatida sobre un banco de césped. Juan desea ya terminar aquella penosa escena: abraza precipitadamente á su abuelo, á la madre de Catalina; aparta dulcemente á su hermanito, que le ciñe las rodillas llorando á grito herido; corre otra vez á su madre, la estrecha entre sus brazos, la besa en la frente, y exclama con voz sofocada:

—¡Adios!

Y sin atreverse á volver la cabeza, echa á andar con tal rapidez hacia la aldea, hasta que al llegar á uno de los recodos del camino, desaparecen los ojos de su desconsolada familia.

Catalina le sigue, llevando en la mano un pan y un pedazo de queso.

Ambos caminan algún tiempo sin hablarse y hasta sin mirarse; pero sus corazones laten con violencia y están encendidas sus mejillas. Hera solemne

Pero si yo dijese, por ejemplo, de este modo: Juan, estamos muy tristes porque no sabemos de tí; preciso que al momento nos digas cómo estás, porque si no tu madre va á enfermarse; ¿crees tú que él no nos entendería?

—¡Calle, simple! ¿eso no es una carta! Para decir eso, no se necesita saber escribir... Espera un poco... una carta debe comenzar así... «Mis venerados padres: estimaré que estas cortas letras les hallen á Vds. con la más perfecta salud que yo para... para mí...» No puedo acordarme...

—«Desee...» repuso Catalina.

—¡Justo, tú lo sabes mejor que yo... Háste, visto, la burlona...

—¡Pues es claro, eso se cae de su peso!... No eres poco simple. Pero yo no sé á qué vienen esos cumplimientos entre parientes... tu hermano no sabe escribir bien.

—¡Oh! si tal... sí, que... te diré... como Santiago vive en la ciudad, y necesita siempre dinero... y sin duda para enterrecer á padre, que no es muy blando de corazón... pues, tantos cumplimientos... Y la vaca, sigue bien?

—Así así... La pobre ha estado un poco mal; pero ogaño va recobrando las ganas de comer. Ya sabrás que hemos vendido el becerro á Perico el Chalan... ¿no te acuerdas? Uno con pintas... Mucho me ha costado el separarme de él.

—¡Adios Catalina, dijo la hermana de Santiago,

la otra una pluma y una tazita de barro con tantas todos estos avios se los había dado el Sacristán.

En el camino encontró nuestra heroína á Juana, la hija del carretero, que venía cantando y con un cestó de coles en la cabeza.

—Adios, Catuja, —dijo esta, —¿dónde vas con ese avío? ¿Que prisa llevas. ¿Tienes noticias de Juan?

—Hace tiempo que no sabemos de él, respondió Catalina sonrojándose. Desde que se marchó sólo heinos tenido tres veces noticias suyas. Estaba bueno. Hace seis meses que el tío Juan el tuerto, dejó para nosotros en el meson un encargo suyo. Desde entonces no hemos vuelto á saber nada.

—¿Sabe escribir?

—Sí sabía, porque hemos ido juntos á la escuela; pero lo había olvidado como yo.

—¿Y qué vas á hacer con ese papel?

—Te diré: desde hace dos meses estoy estudiando las planas que hacía de chica en la escuela. Quiero ver si soy capaz de poner una carta. No sé cómo saldré. ¿Lo has hecho tú alguna vez?

—No; pero he oído leer muchas, —dijo Juana con aire de importancia. —Mi hermano Santiago, que vive en la ciudad, nos manda una casi todos los meses.

—¿Y qué cosa es una carta? ¿qué hay dentro?

—Es una cosa así... como si se hablara con alguno?

—No, tontaza... Es una cosa donde se ponen muchos cumplimientos... y unas palabras muy pulidas... así como las que dice el Cura en el púlpito.

—¡Caramba, Juana, ¿y cómo me he de componer?

en la cual aquellas dos almas presienten la necesidad de deshorgarse del secreto que las llena y las abruma.

Juan busca tímidamente la mano de Catalina y la coge; pero la suelta al momento avergonzado de su propia audacia. Si secreto, sin embargo, se escapa á pesar suyo de sus labios, encerrado todo entero en esta lacónica pregunta:

—Catalina, ¿me olvidará?

La muchacha rompió á llorar por toda respuesta.

—¡Esperarás, —dijo el manco, —á que vuelva del servicio? ¿Podré al menos llevar conmigo este consuelo para no morir de pena?

Siempre elocuente de Catalina inundó el corazón de Juan de alegría y de felicidad. El rostro de su amada resplandecía delante de él con todo el brillo del poder y de la esperanza. Juan se llevó la mano al corazón como para contener sus violentos latidos; luego una indescriptible sonrisa iluminó su rostro; sus ojos brillaron con ardor varonil, y alzó la cabeza con resolución. Una sola mirada de Catalina, le ha dotado con la fuerza y el valor de un gigante.

En este momento una voz conocida cantó á sus espaldas con acento burlón la siguiente tonada:

Piensen los enamorados,
Piensen y no piensen bien;
Piensen que nadie los mira,
Y todo el mundo los vé.

manifiesta á que se hiciera en debida forma la desamortización, copiando lo siguiente de *La Esperanza*, lo cual también copiaríamos por lo oportuno de las observaciones que contiene.

«Según lo que ayer hicimos notar en nuestro primer artículo de fondo, al paso que el reconocimiento ha herido profundamente al Clero y al pueblo español, y suscitado protestas y vehementes quejas de su parte, las medidas adoptadas para completar la desamortización, como consecuencia del Concordato y de las leyes ya promulgadas, no han encontrado tropiezo alguno.

Ahora bien. Siendo la desamortización lo que más urgía materialmente á la Unión liberal, en cuanto podía proporcionar recursos pecuniarios para salir de sus apuros financieros, naturalmente ocurre preguntar, por qué el ministerio ha puesto á la par de ella, ó, mejor dicho, ha llevado con más precipitación que ella la medida del reconocimiento, en el cual no se ve que tuviera interés alguno positivo.

No han podido mediar, según parece, para eso más que dos móviles: un vehemente deseo de acallar la gritería de los periódicos impíos, y eso daría de la debilidad y rectitud política del Gabinete la más miserable idea, ó la precisión de satisfacer las exigencias, cada día más apremiantes, de la Francia napoleónica, notoriamente interesada en el asunto, y eso probaría que estábamos ya sometidos á un odioso poder extranjero.

Esoja el Gabinete, entre estos dos móviles, el que menos fao le parezca. Nosotros, entre tanto, lo señalamos para que el pueblo español juzgue hasta qué punto tiene que temer los desvíos ó los desgracias de la Unión liberal.»

Han hablado todos los periódicos de la noticia oficial publicada en la *Gaceta* de ayer por el ministerio de Hacienda, de haber hecho el Excmo. Sr. Arzobispo de Burgos la cesión canónica de los bienes del Clero de su diócesis sujetos á la desamortización. Algunos periódicos se han alegrado porque han creído que sus patronos habían vencido con esto una dificultad.

Juzgaban tal vez que el ardor que habían manifestado en defensa de la causa de la justicia, lo manifestarían para conservar los bienes eclesiásticos. Los señores Obispos todos, estamos seguros de ello, mirándolo por su interés personal, renunciarían cuanto tienen para que se resolviera cualquier cuestión religiosa en un sentido favorable á la Iglesia.

Constantes y santamente intransigentes en la cuestión de enseñanza, severos en la cuestión del reconocimiento, no han puesto la más leve dificultad en la cuestión de desamortización.

Los liberales no lo comprenden, y entre ellos á los de la Unión se hace más incomprensible.

«Nosotros, pensarán ellos, que cambiamos de doctrinas, de creencias, y si á mano viene de Rey y de Dios, para gozar del presupuesto! Y ellos que se exponen por las doctrinas y por la justicia á persecuciones y dictámenes, ¡nadie dicen por los bienes temporales!

¡Ah! los unionistas al recordar que hace quince días apuraban el diccionario para ofender á estos mismos Prelados, deberían sentir que les subían los colores al rostro. Pero creemos que no sucede así: están tan frescos, porque al fin todavía están en el poder.

Para solaz de nuestros lectores, trasladamos un suelto del periódico *Los Tiempos*:

«Los alambrazos entre Zarauz y Madrid, se suceden que es un primor: alambrazo porque ha llegado Fulano: alambrazo porque ha marchado Zutano; alambrazo porque Perencejo ha mirado á los balcones del palacio de los marqueses de Nírrros: alambrazo porque el viento es algo frío: alambrazo porque el Cura de Zarauz ha mirado y se ha sonreído al ver al Sr. Calderón Collantes: alambrazo porque la mar está algo picada... alambrazo porque se ha visto un pez con muchas escamas...»

Alambrazos de Madrid á Zarauz: Alonso Martínez no concluye de aprender la lección: alambrazo porque los progresistas salen del retraimiento: alambrazo porque ya no salen del retraimiento: alambrazo porque nos han visto los ojos: alambrazo porque saben que el día 20 es San Joaquín y San Bernardo: alambrazo diciendo que en Madrid no debe encenderse el fuego porque hace mucho calor, y que eso debe hacerse en Zarauz, en donde soplan vientos del tercer cuadrante.

Alambrazo preguntando si se confirmará el sueño de Alonso Martínez que ha soñado que será ministro aun después de pasado el mes de Setiembre: alambrazo diciendo que D. Leopoldo no durmió la noche que llegó á Madrid.

Alambrazo de Zarauz á Madrid: La mujer de Pilatos no durmió la noche en que este condenó á Cristo.

No entendemos una palabra de una porción de cosas que están pasando. Se ha dado una importancia inmensa á un viaje hecho á la corte de Zarauz por el que era secretario de la estampilla Sr. Tenorio. No hay periódico que no llene mucho espacio con este acontecimiento. Se comenta, se repite, se traduce y explica de mil maneras, que no nos interesa repetir, pero que, parte por satisfacer la curiosidad de nuestros lectores, parte por la importancia que el hecho pueda tener, nos es preciso indicar.

Después de explicar *La Patria* la súbita reaparición de un personaje cortesano que ha dado lugar á que se crea en la posibilidad de que la situación empiece á encontrar serios y graves obstáculos en su camino, dice las siguientes palabras á que es preciso conceder gran trascendencia:

«La Unión liberal, hoy vendida, hoy vendida, hoy desvirtuada, hoy derrotada por un obstáculo antológico, subterráneo, infame y perfidamente insuperable, no sería en modo alguno responsable de lo que detrás de ella pareciera. Podría sentirlo, podría llorarlo, podría llorarle con lágrimas de patriotismo; pero no podría ni debería bajar la frente cuando LA MONARQUÍA Y LA LIBERTAD LE PIDIERAN CUENTAS DE SU CONDUCTA.»

Tenemos, pues, á la Unión liberal en el mismo camino en que se ha puesto cuantas veces estuvo lejos de las delicias del poder, ó ha temido que se le escapara de entre las manos. Todo el mundo sabe lo que se decía en Madrid el día en que se dudaba si la Reina se aventuraría ó no al reconocimiento de Italia. Todos tenemos seguridad de lo que habría acontecido. El lenguaje de los diarios unionistas nos hace sospechar que hoy sucedería lo mismo.

Los periódicos moderados, dicen que á fuer de enemigos de toda deslealtad, de toda indignidad, de toda traición, de toda apostasia, de toda rebelión, de todo perjurio, caracteres distintivos que descuellan, para vergüenza de este país clásico de la hidalguía, en la historia del funesto vicalvarismo, protestan con todas sus fuerzas contra las intenciones que envuelve el lenguaje de los ministeriales.

Ello es que la Unión liberal, á quien los dedos se le vuelven huéspedes, teme que tal ó cual personaje influya en el ánimo de la Reina para llamar, en virtud de su prerrogativa, á este ó al otro ministerio; y para el caso en que esto suceda, tememos todos... del partido vicalvarista una VICALVARADA.

De otra situación, no haríamos caso de rumores como el siguiente:

«Se habla de excisiones entre personajes tan importantes como lo son las Sres. Ríos y Rosas y duque de la Torre.»

Pero como para la Unión liberal la enfermedad de excisiones es de muerte, no se puede prescindir de enunciarlo.

Los unionistas están preocupados con las benévolas frases que han dedicado estos días á S. M. la Reina madre los diarios progresistas.

La Patria mostró su mal humor en estos términos:

«Damos la más cumplida, patriótica y ferviente enhorabuena al partido progresista. A los justos é históricos elogios que hacen ayer sus órganos, de su majestad la Reina madre doña Cristina, se unen hoy los más autorizados rumores, de que no es sola aquella augusta persona quien en altas regiones se muestra agradecida á las simpatías y á los propósitos de esa comunión, y en disposición de olvidar antiguas y poco importantes desavenencias.

A nosotros, sin embargo, no nos sorprende esto. Nosotros sabemos y creíamos que el día menos pensado acabaría así el progresismo sus largos sufrimientos, buscando su apoyo en influencias que nunca le han dejado de ser respetables, y dando un saludable, aunque tardío ejemplo á los que dudaban de su popularitismo.»

Estas palabras han merecido la siguiente contestación de *La Soberanía Nacional*:

«Respetamos la desgracia y la hemos respetado siempre; pero esta vez, y sentimos decirselo, no la respeta *La Patria*. ¿Qué objeto se propone? ¿Qué habilidad es la suya ó la de los suyos?

De habilitosa goza justo concepto *La Patria*, pero en ciertos casos suele ser alta su puntería.

Si D. Leopoldo quiere saber lo que hay, que lo averigüe. ¿Qué hace su policía?

Nosotros creemos, dice *La España*, que la política de D. Leopoldo está al alcance de todo, y la prueba es que, según cuentan, el duque de Tetuan no la tiene todas consigo y se muestra receloso. Allá veremos.

Por el pronto no podemos menos de llamar la atención de nuestros lectores sobre las palabras con que comenta *La Iberia* el párrafo transcrito de *La Patria*. Son las siguientes:

«¿Quiere decir que doña María Cristina aboga por que vuelva al poder el partido progresista? Ignoramos si lo hace; pero en caso afirmativo nada tenemos que ver con eso; lo hará porque verá claro que el partido progresista es el único que puede salvar á España en las actuales circunstancias del gran naufragio que se prepara, y en que sólo quedará á flote, por la santa de los derechos del pueblo. Lo hará por interés por España; lo hará por interés por su hijo; y si hay otras personas que le ayudan en semejante empresa, lo harán por las mismas razones ó otras semejantes, no porque nosotros hayamos buscado su apoyo.»

A todo esto falta añadir que hoy debe llegar á Bayona S. M. la Reina Cristina, desde donde se trasladará á Zarauz á ver á la Real familia.

¿Quiéren nuestros lectores saber de buena tinta el origen de la revolución? Pues oigan al *Diario Español* explicarlo con desenfado verdaderamente vicalvarista:

«El hombre creado perfecto, perdió por su caída la gracia y con ella la perfección; pero Dios infundió en su alma el deseo de recobrar ese bien perdido por su culpa, y de este deseo nació la aspiración al progreso, que no es otra cosa que una marcha hacia adelante en el camino de la perfección. La sociedad, nacida de la necesidad que los hombres sintieron de comunicarse sus pensamientos y de ayudarse en sus tribulaciones y trabajos, no podía menos de reflejar el espíritu progresivo de los que la componían, y la civilización y el progreso recibieron de ese espíritu un impulso vigoroso. Este impulso es la revolución, casi tan antigua como el mundo, y que la religión de Jesucristo sancionó solemnemente en sus inmortales dogmas.

La revolución en efecto apareció en la tierra cuando nuestros primeros padres, por astucia de Luzbel, arrojado del cielo por revolucionario, se rebelaron contra el Señor, á la manera que Dulce, por sugestión de O'Donnell, se rebeló á 4,000 años después contra S. M. la Reina, su Señora. Desde entonces diremos con *El Diario Español*, «perdió por su caída, que fué una vicalva-

rada, la gracia, que consistía en vivir obediente á los mandatos de Dios, y con ella la perfección; pero Dios infundió en el alma el deseo de recobrar ese bien, perdido por su culpa, esto es, por su rebelión, y de este deseo nació la aspiración al progreso, que, por confesión del diario liberal, consisten en retroceder todo lo posible al primitivo estado de perfección.

Alguna vez habíamos, pues, de estar conformes con *El Diario Español*. El progreso, el verdadero y único progreso consiste exclusivamente en acercarnos con la gracia de Dios todo lo posible al primitivo estado, tan opuesto á todo lo que sea orgullo, é insubordinación, que precisamente no pudo resistir á un acto de soberbia y desobediencia.

Entendida de esta manera la revolución, estamos conformes con *El Diario* en que Jesucristo fué el primer revolucionario, el único revolucionario del mundo, puesto que El sólo, humilde y obediente hasta la muerte, quebró la cabeza de la serpiente y libró al hombre del cautiverio en que le tenía el pecado, es decir, la rebelión.

Compare ahora el periódico unionista estas teorías que lógicamente se desprenden de sus palabras, con la conducta de sus patronos y las teorías liberales, y se convencerá con cuánta razón sostenemos nosotros que el vicalvarismo en particular y el liberalismo en general, son sólo remedos de la rebelión angélica, de la caída de nuestros primeros padres, manifestaciones, en fin, del orgullo del hombre, que le separa cada vez más de su primitivo estado, en el cual reconoce *El Diario* que esta sólo la única y verdadera perfección por que tanto suspiramos.

Con el más profundo sentimiento acabamos de oír que la enfermedad del serenísimo señor Infante D. Francisco se ha agravado en términos que se ha creído necesario administrarle los Santos Sacramentos.

Roguemos á Dios que restituya al augusto enfermo la salud, si le conviene, y en todo caso que le conceda, así como á toda la Real familia, la gracia necesaria para sufrir con resignación lo que sea del Divino agrado.

Aunque la excesiva abundancia de materiales nos decidió días pasados á hablar, sin publicarla íntegra, de la exposición que han dirigido los cubanos á S. M. suplicándola que se suspenda el intentar reformas políticas en aquella Antilla, el documento es de tal importancia, por más que no estemos conformes con él en algunos puntos, que aprovechamos la ocasión de poder hacer hoy un claro sin grave perjuicio, para darla á conocer á nuestros lectores.

Dice así la exposición:

Señora: Los que suscriben, en representación de todas las clases del país con el título común de españoles amantes de su patria y de la Monarquía, y particularmente interesados en que se conserven el sosiego y prosperidad de esta Isla, acuden reverentes á exponer hechos y razonamientos, que consideran dignos de la soberana atención de V. M.

Há tiempo que algunos periódicos de la corte, y personas allí residentes, invocan el nombre de los habitantes de Cuba para sostener la conveniencia de introducir en el régimen político y social de las provincias de Ultramar reformas de la mayor gravedad y trascendencia, y que se intenta demostrar la apremiante necesidad de plantearlas sin pérdida de tiempo.

Sin entrar en la averiguación y calificación de los móviles y tendencias de aquellos escritos, es de notar que suele abusarse de la imprenta, y que este medio de publicidad se presta, igualmente, que á propagar verdades útiles, á difundir erróneas opiniones; triste es de mencionar, pero bien sabido, que hasta la mala causa de los asesinos de Talambo halló patronos y defensores entre los que se dicen eco de la opinión pública, y cuando los peruanos eran enemigos de España y pretendían negar la justicia de nuestro proceder, que después han reconocido lealmente, pudieron servir y se sirvieron, como argumentos, de varios artículos publicados por entonces en algunos (pocos) periódicos de Madrid.

Fundados en esa experiencia los habitantes de Cuba: sabedores también de que entre los escritores que en la corte pretenden asumir su representación, los unos ni siquiera pisan este suelo, cuyas necesidades ponderan y califican, y de los otros, que por haber nacido en él ó habilitado por más ó menos tiempo, tienen motivos para conocer prácticamente su espíritu y condiciones, los hay que acogen de buena fe máximas de peligrosa é inoportuna aplicación, mientras que otros muestran un afecto y adhesión á la madre patria, que no se avienen con sus opiniones y actos antecedentes y de pública notoriedad: confiamos asimismo y seguros los que hablan de que la elevada inteligencia y alta sabiduría de V. M. y de su Gobierno, junto con la ilustración de los Cuerpos colegisladores, y su prudente tino al tratar de los asuntos concernientes á las preciosas y apartadas regiones de Ultramar, en que ondea la bandera española, son sobrada garantía de que sabrán siempre conocer y apreciar el carácter y tendencias de lo que sin razón se ostenta como fundadas y legítimas aspiraciones de esta fidelísima provincia; permanecieron pasivos ante esa agitación inusitada, ante esa manifestación ruidosa de contrapuestas y desacordes pretensiones.

Otro motivo muy respetable tuvo su reserva: no que ignorasen nada de lo que se proyectaba, sino que tranquilos respecto del éxito, en virtud de las razones que se acaban de apuntar, tuvieron hasta aquí el más escrupuloso esmero en proceder con circunspección, á fin de evitar controversias y discusiones de cierto género, que son cabalmente el mayor de los males que traen consigo las franquicias políticas, mal de pésimas consecuencias en este país, en el que por lo mismo no son aplicables por ahora las reformas que con tanta insistencia reclaman algunos mal aconsejados.

Claro es, Señora, que semejantes manifestaciones han debido tener muy escaso eco en este país, sobre todo entre las personas juiciosas y sensatas, que á la vez que recuerdan las elocuentes y provechosas lecciones que ofrece en abundancia la historia de la presente centuria, tienen ojos para ver ejemplos próximos, á los que se siguen comparaciones bien fáciles.

Vicino está de la isla de Cuba ese continente americano, y en él las Repúblicas erigidas hoy en los que fueron virreinos pertenecientes á la Corona de Castilla, dando entonces envidia al mundo entero por la grandeza á que subieron bajo el cetro de los augustos progenitores de V. M., grandeza de que todavía existen restos y monumentos, que no ha podido borrar del todo una serie no interrumpida de sangrientas revoluciones, grandeza que sería hoy portentosa con los adelantos de la ciencia administrativa y económica, de la navegación y otras ventajas modernas, si acontecimientos lamentables, cuya repetición es importantísimo prevenir, no hubiesen desprendido aquellas frondosas ramas del árbol generoso que las alimentaba con su savia.

El cuadro que ofrecen esos extensos y feraces territorios dotados con pasmosa largueza por la mano del Omnipotente, y cuyos moradores, sin poder aprovechar esas privilegiadas condiciones naturales, se agitan penosamente en la anarquía y en la miseria: el no menos lastimoso que presenta el antiguo reino de Méjico, sometido al duro trance de una segunda conquista y á la humillante alternativa de sucumbir á una de dos diferentes razas extrañas, que más ó menos abiertamente se disputan su imperio, y al par de ellos el de muchas colonias extranjeras, no tan hábil y paternalmente gobernadas como estas provincias, forman contraste notabilísimo con las dos islas de Cuba y Puerto-Rico, únicas regiones que para su bien se conservaron fieles á la patria común, obteniendo como premio de su lealtad el asombroso progreso, el reciente bienestar que de año en año señala su estadística, y en que se fundan el orgullo de los propios y la envidia de los extraños.

Aun con el mismo territorio peninsular, teatro por muchos años de discordias políticas y de contiendas civiles, sostienen estas provincias distantes comparación ventajosa, sin que su adelanto en el establecimiento de ferro-carriles y en otras mejoras provechosas deba atribuirse á otra causa que al régimen político que facilitó su alejamiento de aquellas lamentables disensiones.

Todo esto parecen ignorarlo é echarlo en olvido los que en su afán de reformas, sin apoyar su razonamiento en ninguna demostración práctica, presentan como nuevas ciertas especulaciones, que pudieran parecer convincentes medio siglo há, pero que hoy trascienden á principios teóricos envejecidos y desacreditados. Mas al proclamarlos incurrir en una contradicción chocante y capital, que los encierra en un dilema sin salida: es el caso, que cuando se contesta á los reformistas que el país no está en actitud para que tengan buena aplicación las instituciones de que se pretende dotarlo, replican ponderando su ilustración y su gran progreso intelectual; pero en cambio, al juzgar por sus efectos benéficos el sistema de gobierno que en estas provincias ha regido, responden que el adelanto es sólo material, empírico y aparente.

Observación es esta que bastaría por sí sola á echar por tierra todo el fundamento de aquellas aserciones, si alguno tuviera. ¡Pero qué mucho que así discurran los que han llegado á cometer en un escrito reciente una ligereza condenable, asegurando que hasta ahora han sido impotentes todos los Gobiernos de Madrid y de Cuba para reprimir la trata africana!

Ese tráfico inhumano, que las leyes, de acuerdo con la opinión universal, prohíben y anatematizan, que los expositores condenan, como todo el mundo civilizado, ha tiempo que no se verifica en las playas de Cuba. Nadie hoy en la Isla que lo ignore, nadie que de buena fe pueda siquiera ponerlo en duda.

Explicados están, Señora, los motivos del silencio observado, y que no se rompería mientras esa propaganda no perdiera, como hasta últimamente no perdió, el carácter de opiniones individuales estampadas en periódicos ó en algún folleto de escaso crédito: más hoy que se alza la voz de algún señor senador ó diputado para defenderlos en más elevado terreno, ya el silencio fuera condenable: y los hombres de orden, los hombres de experiencia, los que no desconocen la historia de estos países, aquellos en quienes subsiste siempre enérgico el más acendrado amor á su patria; los que cifran sus más ardientes deseos en el engrandecimiento y felicidad de la misma, en una palabra, la verdadera y gran mayoría de los habitantes de este país, no pueden permitir por más tiempo que á su nombre, y alucinado á muchos de los que se hallan completamente identificados con sus deseos y sentimientos, se continúe extraviando la opinión pública en la Península y en el extranjero, con manifestaciones que, lejos de ser el eco de sus necesidades y aspiraciones, están en absoluto y completo desacuerdo con ellas: comprenden que, de prolongar su silencio, podría éste interpretarse por asentimiento ó, cuando menos, por indiferencia sobre la resolución que haya de darse á los peligrosos problemas que se inician por unos pocos, es verdad, pero con empeño y habilidad, dignos ciertamente de mejor causa.

Los que dicen, Señora, no por oponerse á innovaciones peligrosas, pretenden calificar de inmejorable en todas sus partes el sistema de Gobierno que rige en la Isla de Cuba: lejos de eso lo consideran sometido como todas las cosas humanas á la imperiosa ley de progreso y solicitan encarecidamente sucesivos mejoramientos, siguiendo la marcha liberal impresa á su legislación por los Monarcas antecesores de vuestra majestad, en particular por su augusto padre, el señor D. Fernando VII, y continuada con ilustrada y sabia benevolencia en el presente reinado, que se señala por notables adelantos en la gobernación de estos países, entre los que se distinguen por su importancia la completa separación é independencia de lo administrativo y lo judicial, la organización municipal y otras garantías y mejoras de importancia suma.

Iguales son como fueron siempre la condición y derechos de los súbditos de V. M. residentes en esta Isla, sin distinción de origen ni procedencia; por esto su interés es común, por esto ejercitarían gustosos los políticos que por algunos se pretenden, si no vieran en su establecimiento amenaza á su raza y la conservación de Cuba. No repugnan en lo absoluto la reforma política, antes bien esperan que después de establecidas otras que mencionarán en seguida, y que deben servir de base y fundamento, lleguen un día en que sea conveniente hacer extensivos á estas provincias los derechos como también las cargas que pesan sobre las otras, sin excluir la contribución de sangre, lográndose así el gran propó-

sito de asimilación que tuvieron siempre por objeto las sabias leyes de Indias.

Más no cabe desconocer que hoy por hoy la asimilación política sería intempestiva, ocasionada y peligrosa, tanto por la diversidad de razas que pueblan el territorio, que, ó habían de ser equiparadas en derechos, pugnando abiertamente con las costumbres, ó de distinguirlas legalmente, se daría lugar á odiosas y vejatorias pesquisas: como porque contraría el patrimonio sobre el color, que no puede por ahora suprimirse. Por otra parte y sin contar la insuficiencia del censo, la impropiedad de la división territorial, la ignorancia en que los más se encuentran de la teoría de esos derechos políticos, que se les pretende imponer más bien que conceder, y otras muchas causas que aquí se oponen á la eficacia y significación de las elecciones populares: estas, por el hecho de no existir, como en otras partes, partidos políticos aliados en diversas escuelas, y por lo que ya nos dice la experiencia de otros ensayos, ocasionarían, como siempre, divisiones y parcialidades, pero de carácter bastante y pernicioso, que facilitarían las maniobras y el triunfo de minorías facciosas y turbulentas, como se vió en los antiguos dominios del Continente, cuya separación de la madre patria no tuvo otro origen, y coincide con el establecimiento en ellos de la reforma política de la Península. Aun en esta isla, las divisiones electorales llevaban la misma tendencia, y produjeron el lamentable resultado de romper el españolismo cordial y unánime que siempre distinguió á estos leales habitantes.

Por fortuna las Cortes de 1837 tuvieron el feliz acuerdo de quitar este pretexto á las malas pasiones de unos pocos discolos, y volvió á establecerse esa preciosa armonía, que no fuera prudente por ahora volver á poner en peligro.

La reforma política, que traería consigo el sistema electoral, y con él la división y perturbación consiguientes, sería tanto más inoportuna y peligrosa en estos tiempos, cuanto que acaso se acerca la resolución de un gran problema social de inmensa trascendencia para la que han de adunarse la moral, el respeto debido á la propiedad y la conveniencia de nuestras Antillas, y que exige, al par que la unión de miras é intereses de estos habitantes, la libre acción del Gobierno, no embarazada por atenciones políticas.

En lo económico los exponentes esperan la sucesiva y rápida reforma de los aranceles, hasta llegar á declarar de cabotaje el comercio entre todas las provincias de la Monarquía y abrirle nuevos mercados en el extranjero: la no menos urgente modificación del sistema tributario y el alivio que de ello ha de lograrse á los contribuyentes, cuyas cargas son hoy harto gravosas, tanto por la suma como por la forma de exacción de los tributos, algunos de los cuales pesan sobre el capital, contra los buenos principios económicos.

También solicitan que se restablezca el derecho de petición y el veto que ejercían ántes los Reales Acuerdos: que se robustezca el poder civil: que se reforme la legislación sobre delitos de resistencia, haciendo efectiva la responsabilidad de los altos funcionarios: que se continúe con empeño cada día mayor difundiendo la instrucción pública: que se mejore la administración de justicia evitando que con independencia del Gobierno Supremo se vaya constituyendo un derecho especial por quien no tiene para ello autoridad: que se organice el régimen administrativo, despojándolo de todo exceso de trabas reglamentarias: que se ensanche el municipal: que se crea, en una palabra, hábitos si intereses que elevando al individuo en la vida civil, ligan y asimilen el conjunto con la madre patria; y llegado ese caso, podrán sin inconveniente aplicarse á estas provincias aquellas instituciones políticas, que hoy pugnarían en su sustitución social, administrativa y económica, en vez de guardar con ellas concordia y armonía.

Sin eso, es tal el convencimiento de estos leales habitantes de la inoportunidad de la reforma, que su sólo anuncio, aunque lejano é inverosímil, ha producido ya inquietud entre los tímidos, determinado visible baja en la propiedad, y altamente y desusado aumento en las extracciones de metálico, como lo acredita el alto precio de los giros en las últimas cotizaciones.

Los exponentes, sin embargo, juzgan infundados esos recelos, y llenos de confianza á V. M. suplican que, aplazando para ocasión más favorable el establecimiento de reformas políticas, se dige ordenar lo conveniente á fin de que, previo el estudio y preparación indispensables, puedan ponerse en práctica las mejoras administrativas y económicas de que se ha hecho mérito, y que, creando nuevos lazos de unión entre la Península y las provincias ultramarinas, contribuyan eficazmente á la prosperidad del país y á hacer impercedora en él la memoria del reinado de V. M.—I-Ibana, 25 de Junio de 1865.

(Siguen numerosas firmas de personas importantes.)

ULTIMA HORA

TELEGRAMAS.

(Servicio particular de *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL*)

BERLIN, 12.

La *Gaceta* de Hamburgo dice que Mr. de Bismack ha pedido á los Estados secundarios alemanes que en el caso de un conflicto entre Austria y Prusia, dichos Estados guarden una neutralidad armada á fin de estar preparados para todas las eventualidades.

BRUSELAS, 12.

La enfermedad del Rey se agrava de día en día, pero S. M. conserva una fuerza moral que la enfermedad no alcanza á quebrantar. Aquí se espera la visita de S. M. la Reina de Inglaterra.

En la Bolsa de hoy se han cotizado los valores á los precios siguientes:

Títulos del 3 por 100 consolidado, 41-03 y 41-10 publicado.

Títulos del 3 por 100 diferido, 58-13 y 25 publicado.

Cuota del personal, 22-15, no publicado.

Billetes Hipotecarios del Banco de España, de 2000 rs., con 6 por 100 de interés anual 82-00 dinero, no publicado.

Obligaciones del Estado para subvenciones de ferro-carriles, 77-90 publicado.

Acciones del Banco de España, 150-00, no publicado.

